

hermanas, y aun á sus hijas, como á sus verdaderas superiores; recibia con agrado y sumision sus consejos y reprensiones; cuando la vituperaban con acrimonia, creia que por lo menos tenian buena intencion; y aunque sus obras eran evidentemente buenas en sí mismas, y muchas veces indispensables, como mandadas por el espíritu de Dios, temia que tal vez habria excedido los límites de la prudencia. En cuanto á los verdaderos superiores de la órden, aun cuando se trató de separar de ella la parte que habia abrazado la reforma, por lo que tuvo que sufrir persecuciones efectivas, nunca se dió por ofendida, antes bien procuró siempre contener las quejas de las demás, y sin pensar que era ella el objeto de las persecuciones, hacia la apología de los perseguidores. Sujetaba todas sus inspiraciones y las revelaciones menos equívocas á la obediencia ordinaria. De dos órdenes que se la comunicasen, como sucedia algunas veces, la una inmediatamente por Jesucristo, y la otra por medio de su superior ó de su confesor, no se detenía en dar la preferencia á ésta, proponiéndose este sistema por máxima fundamental de su conducta, la cual se dignó de ratificar en muchas apariciones el divino Fundador del régimen gerárquico.

Esta muger verdaderamente fuerte y dotada de un espíritu superior, era tan poco propensa á la credulidad, y tenia tan poca inclinacion á las cosas extraordinarias, que el espíritu de Dios se vió obligado, por decirlo así, á hacerla entrar por fuerza en sus designios sublimes; y siempre que se presentaba la

ocasion, exhortaba á sus hijas á que anduviesen por el camino trillado. Tenemos muchas obras espirituales de esta Santa que manifiestan igualmente su inteligencia en las cosas de Dios, y con especialidad en el don de oracion, que la estension y amenidad de su ingenio, la elocuencia y las gracias varoniles de su estilo, y la pureza de su diction, son en tales términos, que se tienen por obras clásicas de la lengua castellana. Pero donde mas se echa de ver su admirable carácter, es en la historia de su propia vida, compuesta por obedecer á sus confesores, y en la prodigiosa relacion de sus fundaciones.

50. Mucho tiempo habia que los obispos de Francia solicitaban en la corte la publicacion del concilio de Trento. En la última asamblea de Blois habian manifestado con nuevas y muy eficaces instancias los deseos unánimes del clero sobre este punto; pero el temor de indisponer mas á los sectarios, y algunas otras consideraciones políticas, dejaron sin efecto esta súplica. Sin embargo, de allí á tres años se espidió en París un decreto, á que se dió el nombre de decreto de Blois, como dado en consecuencia de los escritos presentados por las últimas córtes celebradas en aquella ciudad, el cual contenia sesenta y cuatro artículos de disciplina eclesiástica, tomados casi todos ellos de la de Trento; de suerte, que aun los decretos de disciplina, sin haberse publicado formalmente en el reino, adquirieron en él, á lo menos en gran parte, fuerza de ley y de disposicion política.

51. Conformándose los obispos de Francia con

testimonios menos equívocos de veneracion y amistad. Pero en este intervalo tuvo un consuelo tan dulce para una Cabeza digna de la Iglesia universal, que desde entonces le pareció felizmente concluida su carrera; y á egemplo del santo anciano Simeon, miró la muerte como el término mas apetecido de su descanso, pues recibió las noticias y las pruebas mas auténticas de los progresos maravillosos del cristianismo en las estremidades del Asia, por medio de una embajada solemne de los Príncipes cristianos del Japón. Desde que el apóstol de las Indias llevó el Evangelio á aquella sábia y magnánima nacion, donde no le habia hourado menos con el heroísmo de sus virtudes, que con lo maravilloso de sus milagros, habia prosperado de tal modo, á pesar de todos los esfuerzos del infierno, la obra principiada con tan buenos auspicios, y continuada por unos operarios de egemplar virtud, que la Religion cristiana era casi la dominante, á lo menos entre la gente del pueblo; y aun entre el gran número de Soberanos que reinan en aquel vasto imperio, habia ya de doce á quince, y una multitud de Príncipes de la sangre que hacian mucha mas estimacion de la cruz que de la diadema. La mayor parte de aquellos que arrastrados de sus pasiones perseveraban en el paganismo, miraban á lo menos con respeto las cosas que no se resolvian á practicar. Si los celos interesados de los bonzos, y la política tímida, ó las preocupaciones de algunos Príncipes, hacian que se persiguiese á los cristianos, contribuía esto mismo á que la fe plantada en tan buen

terreno, estendiese mejor sus raices y adquiriese mas consistencia.

58. En la ciudad de Vosuqui, situada en el reino de Bongo, fueron sublevados los infieles, antes de la conversion del Rey, el cual se hallaba entonces ausente, por un Príncipe enemigo de los cristianos⁽¹⁾; y habiendo cercado la iglesia y la casa de los misioneros, quiso el superior enviar á una ciudad inmediata los vasos y ornamentos sagrados para eximirlos de toda profanacion; pero no hubo quien quisiese encargarse de ello, por temor de perder la corona del martirio retirándose de aquel lugar. Habiéndolos llevado á casa de una señora que vivia en la misma ciudad, repondió que estaba determinada á trasladarse á la iglesia, para morir allí con los demás fieles. No obstante, entregó aquel depósito á sus criadas, y las encargó que cuidasen de él; pero protestaron todas ellas que irian en seguimiento de su ama. Poco despues concurrieron á la iglesia muchas señoras de la principal nobleza, acompañadas de sus hijas y criadas, diciendo que iban á morir por su religion. Muy en breve siguieron el egemplo de las mugeres cristianas todos los fieles, no solo de Vosuqui, sino tambien de los lugares circunvecinos; y cuando se les preguntaba cuál era su designio, respondian del mismo modo, que iban á morir por la fe. Se disipó la conmocion con el regreso del Rey; pero hasta entonces habian permanecido los fieles en la iglesia de dia y de noche. No pudiendo las señoras egecutar lo

(1) *Hist. Eccl. del Japón*, l. 3.

mismo, por no permitirlo la decencia, se retiraban á casa de una de las mas distinguidas y animosas, sin perder de vista el peligro para presentarse en el momento en que viesén correr las primeras gotas de sangre.

59. De este modo sostenia en el Japón el sexo devoto el honor de haber sido el primero que consiguió la corona del martirio (1). Para confundir á un mismo tiempo la fuerza del hombre y la grandeza del mundo, habia elegido el Señor lo mas vil que hay en la naturaleza humana, de cualquier modo que se considere. No teniendo iglesia los fieles perseguidos en Firando, iban á hacer oracion al pie de una cruz que habian colocado fuera de la ciudad. A una muger cristiana, esclava de un pagano, la prohibió su amo que fuese allá, diciéndola espresamente, que pagaria con la muerte su desobediencia. Respondió con serenidad la esclava, que la muerte no atemorizaba á los cristianos; y el dia siguiente fue á la cruz á hacer oracion con los demás fieles. Avisado de ello el idólatra, salió furioso de su casa para ir á buscarla, y habiéndola visto á lo lejos, cuando estaba ya de vuelta, echó á correr con sable en mano para degollarla. La generosa esclava se puso de rodillas sin alterarse, y el bárbaro la cortó la cabeza.

60. Todas las virtudes florecian en igual grado entre los fieles del Japón (2). Era admirable su fervor, y sin embargo de esto estaban poco satisfechos

(1) *Ibid.* lib. 2. (2) *Hist. del Jap.* l. 2, 3 y 4.

de sí mismos, se acusaban continuamente de cobardía, y apenas se creían dignos del nombre de cristianos. Era tan grande la delicadeza de sus conciencias, que costaba mucho trabajo tranquilizarlos, aunque fuesen muy comunes las faltas que hubiesen cometido, y estaban tan dominados del espíritu de penitencia, que se necesitaba toda la autoridad de los misioneros para impedir que arruinasen su salud (1). Un portugués, que habia sido testigo ocular de todo, y particularmente de la cristiandad de Firando, escribia á Europa, que en toda la Iglesia no habia religiosos á quienes no escediesen en la práctica de los ayunos y de todo género de austeridades; que al ver á aquellos neófitos, cuando estaban en oracion se los hubiera tenido por unos contemplativos consumados; en una palabra, que, despues de haber presenciado aquel espectáculo, no se atrevia á considerarse á sí mismo como cristiano. Todos los europeos que habian estado en el Japón, se esplicaban del mismo modo, y no sabian hablar de otra cosa en cualquier parte donde se hallaban (2). Fue admirable, sobre todo, en el centro de la corrupcion idólatra, esto es, en la ciudad de Sacai, que era la mas fuerte, la mas rica, agradable y voluptuosa del Japón; fue admirable, repito, en este centro de la sensualidad y corrupcion, un niño de catorce años, que parecia, mas bien que un mortal, un serafin abrasado con los mas vivos ardores del amor divino. Tenia una hermana, si es que pueden diferenciarse con estos nombres los

(1) *Ibid.* l. 4. p. 272. (2) *Ibid.* p. 187 y 188.

seres celestiales, la cual dió á ambos sexos en el Japón el primer egemplo, que movió á otras muchas personas jóvenes á consagrarse al Señor con el voto de castidad perpétua.

Una mision tan floreciente, esparcida en todas las provincias de un imperio de tréscientas leguas de longitud y sesenta de latitud, no tenia mas ministros sagrados que cincuenta entre japones y europeos con un número mayor de catequistas nacionales. Muchos neófitos que no habian visto ningun sacerdote en una porcion de años, crecian de dia en dia en fe y en fervor lejos de profanar su bautismo; de suerte, que la iglesia del Japón tenia un gran recurso en sí misma, esto es, en las personas seglares de todas clases, y muchas veces en los Príncipes, que se convertian en apóstoles de sus vasallos, y no creían cumplir mas dignamente con el cargo de padres de los pueblos, que conduciéndolos por el camino de la virtud y de felicidad suprema. No bastaban los operarios evangélicos para la instruccion de los idólatras, pues la mayor parte de ellos morian en la infidelidad por no encontrar una mano caritativa que los sacase de ella. Para inclinar hácia ellos las miradas compasivas del Vicario de Jesucristo, y agregar de un modo solemne al cuerpo de la Iglesia la hermosa porcion con que le habian acrecentado tantos japones convertidos, convinieron los misioneros con el Rey de Bongo, con el de Arima y con el Príncipe de Omura en enviar una embajada á Roma para rendir homenaje y obediencia al Sumo Pontífice en

nombre de aquellos Príncipes y de todos los fieles del imperio.

61. El Rey que reinaba entonces en el Bongo, era Civandono, el cual habia recibido en otro tiempo á San Francisco Javier; Príncipe célebre por su sabiduría, en tanto grado, que las demás cortes del Japón creían no poder errar, cuando seguian los egemplos ó los consejos de Civandono. Era tal su valor y destreza que en el momento en que fue destronado su hermano, y en que parecia inevitable su propia ruina, quitó á los usurpadores cuatro reinos, y los reunió á sus estados, con lo que llegó á ser uno de los Soberanos mas poderosos del Japón, pues solo del Bongo habia sacado un egército de sesenta mil hombres. Despues de haber estado dudoso mucho tiempo este Príncipe, habia correspondido por último á las esperanzas y deseos de San Francisco Javier, abandonando los deleites que le habian movido á permanecer en el paganismo, y redimiendo con la eminencia de sus virtudes el tiempo que habia perdido mientras estuvo entregado á los vicios. Estaba tan firme en la fe, que juró públicamente, que aun cuando todos los misioneros, todos los cristianos de Europa, y el mismo Papa, llegasen á renunciarla, estaria él siempre dispuesto á derramar su sangre por defender hasta su último artículo. Edificó una ciudad, poblada toda ella de cristianos, para retirarse allí despues de colocar á su hijo en el trono; para no pensar sino en las cosas de Dios, y para no ver á los idólatras, cuyo encuentro le obligaba á llorar

este medio indirecto, pero eficaz, de establecer la disciplina de Trento, celebraron en cuatro años cinco concilios provinciales, no para promulgar con aparato, sino para hacer observar con exactitud unos decretos que en otras partes se decantaban mucho, y no tenían el mas puntual cumplimiento (1). El concilio de Roan, congregado en 1581 por el famoso cardenal de Borbon, arzobispo de aquella ciudad; los de Rems, Burdeos y Tours, celebrados en 1583, y el que se celebró en Bourges en 1584, respiran visiblemente el espíritu del concilio de Trento, como puede verse del cotejo de ellos; y nada desearon con mas ardor que reducirle á la práctica, así en cuanto al dogma, como en cuanto á las costumbres y disciplina, en todo aquello que no era arbitrario y relativo á los derechos de los Soberanos que en estas cosas decian, tienen libertad para conceder ó negar su submission, ó por esplicarme con mas propiedad, su ratificación y consentimiento.

52. Los frutos de este admirable concilio pasaron, con el de la disciplina y de la reforma de las costumbres, mas allá del vasto océano, hasta las estremidades del otro hemisferio (2). En Lima, capital del Perú, apenas ilustrado con las luces de la fe cuando se confirmaba ésta en Trento, se celebró un concilio nacional, en que se encuentran, no solo los mismos dogmas, sino tambien las mismas reglas de conducta

(1) *Labb. Conc. t. 15. p. 822, 848, 945, 1002 y 1068.*

(2) *Acosta, l. 2. c. 2.*

y de perfeccion que en las iglesias mas antiguas. No obstante, brotaba ya prodigiosamente la cizaña en un campo que habia empezado á cultivarse con tantos sudores.

53. Un teólogo seducido por una muger, y mirado por las gentes del país como un oráculo, se jactaba de conversar familiarmente con Dios, y de conocer por este medio las cosas mas ocultas. Anunciaba que no tardaria en ser Papa y Rey, que trasladaria al Perú la Silla apostólica, y que el estado de la Iglesia debia variarse enteramente, para creer solamente verdades sin sombra, y ser gobernada con leyes fáciles que desterrasen la confesion y el celibato de los clérigos, y concediesen la pluralidad de mugeres. Aun eran mas horribles que esta moral las impiedades especulativas, en cuya relacion seria inútil detenernos. Este fanático espizó con el fuego su obstinacion invencible.

54. Logró tambien el Papa Gregorio XIII hacer celebrar un concilio en la ciudad del Cairo, que es la antigua Menfis, para la reunion de los coftos ó eutiquianos, los cuales admitieron las dos naturalezas de Jesucristo, y abjuraron unánimemente sus antiguos errores (1). Habia en aquella ciudad cerca de cincuenta mil coftos. En fin, San Carlos Borromeo celebró su sexto y último concilio, el que, junto con sus once sinodos diocesanos, no dejan nada que desear para el perfecto gobierno de una diócesi.

55. Habia dado la última mano á esta grande obra,

(1) *Labb. Conc. t. 15. p. 882.*

para la cual parece que habia sido particularmente suscitado por Dios; y cumplida ya su mision, al entrar en los cuarenta y siete años, tuvo presentimientos de que estaba cerca su última hora. Acostumbrado á hacer todos los años en un parage retirado un examen severo de su conducta, pasó al monte Varal, santuario de la diócesi de Novara, para prepararse con mayor atencion y cuidado á comparecer delante de aquel que juzga á las mismas justicias. Llamó al padre Adorno, de la compañía de Jesus, que era entonces su confesor, y se sujetó á él el humilde prelado con la sencillez propia de un niño. Redobló sus penitencias y maceraciones, sin embargo de que habitualmente eran muy rigurosas. No comia mas que un poco de pan moreno, ni usaba de otra bebida que de agua pura. No dormia mas que de tres á cuatro horas encima de unas tablas, sin mas ropa que una mala manta, y muchas veces ensangrentaba su carne inocente con crueles disciplinas. Estaba en oracion casi todo el dia y gran parte de la noche; y en la que precedió á la confesion general que hizo entonces de toda su vida, estuvo ocho horas en oracion, derramando un torrente de lágrimas, y penetrado de un dolor tan vivo, como si hubiese cometido los mas enormes delitos.

Habiendo tenido algunas accesiones de calentura, y mandándole el confesor que moderase los rigores de su penitencia, lo único que hizo fue alimentarse con un pan menos ordinario, permitir que echasen un poco de paja encima de las tablas en que dormia,

y orar algunos momentos menos que antes. Agravada la calentura, le fue preciso restituirse á Milán, donde asistió á los divinos officios en la festividad de todos los Santos; pero el dia siguiente tuvo que quedarse en cama. Despues de algunas alternativas de temor y de esperanza, empeoró de repente, y declararon los médicos que se hallaba el enfermo en un peligro próximo. Se acercó á la cama el padre Adorno, y le dijo, bañados los ojos en lágrimas, que habia llegado la hora en que iba á comparecer delante de Dios. Respondió Carlos con un santo enagenamiento, que nunca seria tan pronto como él deseaba; pidió los sacramentos, se los administraron con una solemnidad augusta, y los recibió del mismo modo que se alimentan los Santos en el cielo con el pan de los ángeles. Algunos parientes suyos y todos sus criados, estaban llorando á los pies de la cama, y él los consoló y quiso darles su bendicion; pero se hallaba tan débil, que fue necesario sostenerle la mano. Inmediatamente entró en una dulce agonía que duró tres horas; y habiendo manifestado muchas veces que deseaba morir en ceniza y cilicio, no quisieron los asistentes privarle de este consuelo. Entonces entregó apaciblemente su alma al Señor, el dia 3 de Noviembre de 1584, entre nueve y diez de la noche.

Luego que el ruido de las campanas anunció esta novedad al pueblo de Milán, se conturbó toda la ciudad, salieron todos de sus casas, aunque era á deshora de la noche, y corrian por las calles lamentándose y aumentando recíprocamente su afliccion.

Era tan grande la consternacion, como si hubiese sido tomada por asalto la ciudad. Todos pedian al cielo su defensor y su padre, temian alguna calamidad terrible al ver que habian perdido en la flor de su edad un pastor tan santo. Procuraron hallar algun consuelo en la pompa con que se celebraron sus funerales, á pesar de que su modestia habia dispuesto que en esta parte se le tratase como al mas humilde ciudadano. El cardenal Sfrondato, obispo de Cremona y despues Papa con el nombre de Gregorio XIV, fue el que hizo la ceremonia, á que asistieron el gobernador, el senado, los magistrados, el cuerpo de nobleza, la universidad, todas las comunidades y casi todos los particulares de la ciudad, de suerte, que fue necesario recurrir á la tropa para que contuviese al pueblo. Pero no tardaron en recibir otro consuelo con una infinidad de milagros que convirtieron el luto en triunfo, en accion de gracias y en culto religioso. Aunque jamás habia permitido que le retratasen en vida, se sacó un retrato luego que espiró, se esparció por todas partes, y aun los Reyes le espusieron en sus gabinetes. Fue imposible conseguir de los pueblos que suspendiesen su culto antes que le autorizase la Iglesia, sin embargo de que no tardó mas que veintiseis años en colocarle en el número de los Santos. Informado el Papa mucho tiempo antes del concurso prodigioso de personas de todas clases que acudian á su sepulcro, dió orden al cabildo de la metrópoli para que no se opusiese á ello.

56. Por el testamento que hizo el santo cardenal

durante la peste, instituyó á los pobres del hospital general por sus legatarios universales, á escepcion de lo que le quedaba de su patrimonio, el cual correspondia de derecho á sus parientes, y era ya poco considerable de resultas de las desmembraciones que le habia obligado á hacer en él su caridad: una vez vendió, en tiempo de calamidad, un terreno que valia cuarenta mil escudos de oro, y al momento distribuyó este dinero entre los infelices. En otra ocasion hizo él mismo uso de veinte mil escudos que le tocaron de una herencia, y gravó el resto de su patrimonio con algunas pensiones que señaló á sus criados. Dejó al cabildo toda su biblioteca, que era considerable, porque nunca habia creído Carlos que en casa de un obispo debia llegar la economía al alimento de la ciencia. Pero el legado incomparablemente mas precioso, fue el de sus piadosos y juiciosos escritos, los cuales dejó al obispo de Vercelli, de cuyo poder pasaron á las manos de todos los prelados, y han renovado la faz de todas las iglesias. San Carlos debe considerarse particularmente como el restaurador del régimen eclesiástico y del arte divino de la direccion de las almas. Se conservan en Milán, en la biblioteca del santo sepulcro, treinta y un tomos de cartas suyas, con un número proporcionado de tratados instructivos sobre todas las materias prácticas y mas esenciales de la Religion.

57. El Papa Gregorio XIII no vivió seis meses despues de la muerte del santo cardenal Borromeo, al cual habia honrado constantemente con los